

EL Atlante.

Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.

SUSCRIPCION.
en esta Capital.
un mes..... 12 rs. vn.

N. 413.

Lunes 18 de Febrero de 1839.

EN LA PROVINCIA.
franco de porte.
un mes..... 14 rs. vn.
tres meses.... 40.

S. Simeon Ob. y S. Eladio,

MADRID 2 DE ENERO.

Una situación política sumamente importante se está actualmente desarrollando en el vecino reino de Francia, situación que bajo muchos aspectos merece fijar la atención de los hombres públicos españoles. En aquel país y después del triunfo definitivo del principio de libertad política representado por el sistema parlamentario, triunfo conseguido á consecuencia de la revolución de julio, se crearon en el seno mismo de la masa liberal dos partidos políticos, que sus actos y sus doctrinas separaron profundamente; el partido del *movimiento* y el partido de la *resistencia*. Nadie ignora la tendencia de aquellos partidos. El primero quería hacer prevalecer el principio democrático desarrollando fuertemente y haciendo adoptar en la práctica los sentimientos y las exigencias de la opinión popular. El segundo introducir el ascendiente de las clases elevadas; reprimir fuertemente las tendencias anárquicas; robustecer el poder del trono, y dar al gobierno ó sea al poder ejecutivo una preponderancia marcada en el sistema político que, tanto en el interior como en el exterior, había de dirigir los destinos de la Francia. La hostilidad y encarnizamiento á que estos partidos llegaron, han sido patentes para todo el mundo civilizado. Casimiro Perrier, hombre salido de las filas del partido liberal, se colocó como jefe del sistema de resistencia, y ligando fuertemente entre sí los intereses de conservación, y dándole impulso con su voluntad enérgica, ahogó, retirándole el apoyo de la Francia, el movimien-

to revolucionario que se alzó en las naciones europeas, conmovidas por el ejemplo de la Francia de julio. Al la ruina de la revolución italiana y de la revolución de Polonia se siguió la derrota de la democracia armada, que en el interior de la Francia protestaba contra el principio que quería ahogar su desarrollo. Corrió la sangre en abundancia en París, en Lyon, donde quiera que los vencedores de julio se alzaron contra el gobierno que había recogido el fruto de la victoria popular.

Dividido el partido liberal francés á consecuencia de esta lucha, los hombres públicos que en él descollaban siguieron cada uno la bandera más aceptable á su convicción ó á sus intereses. Los señores Thiers, Montalivet, Remusat, Guizot, robustos adletas en la gran falange que derribó el trono de Carlos X se colocaron al lado de Perrier. Los Sres. Bassette, Dupont de l'Eure, Odilon-Barrot y otros patriotas no menos distinguidos, se lanzaron en la oposición. Esta apellidó tetrogrado y tiránico al sistema del gobierno, y denunció á la Francia como contra revolucionarios y como apóstatas á los hombres que habían abrazado el principio de resistencia. A su vez, estos señalaron como anarquistas, como enemigos de la Constitución y del trono, como partidarios de propaganda revolucionaria, y de un sistema de guerra contrario á la prosperidad de la Francia á sus adversarios políticos. La situación en que durante cinco á seis años han estado y se han considerado unos y otros es, juzgada política y parlamentariamente absolutamente análoga á la que en España conservan las dos grandes fracciones del partido liberal. Nada seguramente ha dicho la prensa *exaltada* entre nosotros pa-

ra denigrar al Sr. Martinez de la Rosa, personificación la más completa de la opinión *moderada*, no solo que exceda, pero ni aun que iguale á lo que la prensa de la oposición á dicho en Francia contra el carácter público de los Sres. Guizot y Barthe, el primero designado como un absolutista incorregible, no obstante sus luminosos trabajos como publicista constitucional; el segundo entregado diariamente al anatema como un *carbonario* apóstata, como un traidor á las convicciones de su juventud.

Nadie podrá negarnos la escrupulosa exactitud de cuanto acabamos de referir. Sin embargo, ¿que es lo que actualmente sucede en Francia? Antes de exponerle sentemos algunos hechos más.

Las tentativas de rebelión abierta que habían comprometido la tranquilidad y amenazado la masa inmensa de intereses materiales, para los cuales es la paz y la seguridad una condición de existencia en aquel país; las pretensiones declaradas y los proyectos del partido republicano, habían alarmado al comercio, á la propiedad, á toda las clases interesadas en prevenir un trastorno social, lo que dió al gobierno una fuerza extraordinaria. De esta circunstancia supo aprovecharse hábilmente el rey Luis Felipe, y consiguió ser considerado como el verdadero y eficaz representante del sistema de libertad garantido por la Constitución. Las repetidas tentativas hechas por los descontentos para atentar á la vida del Rey aumentaron el interés que la Francia mostraba al jefe del Estado, y este reasumió en su persona la mayor parte del poder, de la influencia, del ascendiente que en un sistema representativo pertenece á los órganos de la mayoría parlamentaria producto de la vo-

UN DIA

CON SIR WALTER SCOTT.

Concluye.

Junta legal del país. De aquí se siguió que los intereses de dinastía, que las afecciones de familia, que la política personal del rey prevalecieron en las relaciones diplomáticas como en las medidas de gobierno interior. El sistema representativo se vió falseado, y las opiniones parlamentarias, así como los hombres que las representaban desatendidos, pospuestos, desairados. Los ministros, en vez de ser los creadores y los responsables del sistema de gobierno, eran meros instrumentos de las exigencias de la corte. Los hombres de algún valimiento no podían resignarse á este papel; impotentes para hacer prevalecer en el gobierno sus propias ideas y convicción, debieron retirarse de la dirección de los negocios. Así vimos sucesivamente salir del ministerio al Duque de Broglie, á Mr. Guizot, Thiers, Passy, á los personajes más notables que habían fundado y hecho prevalecer el sistema de resistencia. Alejados del poder por ser incompatibles con el pensamiento *inmutable* atribuido á la voluntad personal del rey, estos hombres cuya capacidad y cuya experiencia los designaba naturalmente para el mando, se han visto en el caso de renunciar á sus convicciones, ó de resignarse á la misma esclusión fulminada contra los que opuestos, ó una mayor exaltación de principios condenaban á una oposición estéril.

Colocados en esta situación los hombres públicos de Francia, se dijeron así mismos: "Nada seremos ni el país podrá sacudir la influencia del errad sistema á que se vé sujeto interin no logremos reunir una fuerza parlamentaria, una mayoría que derroque el principio dominante. Ninguna de las fracciones en que la oposición se divide puede por sí sola contrarrestar á la mayoría ministerial, compuesta casi toda de empleados. Pero si estas fracciones se acercan, se entienden y marchan reunidas en aquellos puntos en que estén conformes, salvo á separarse en los demás; y conservando cada una la independencia de sus convicciones para lo futuro, la oposición podrá aspirar á formar una mayoría contra el gabinete del 15 de Abril, al cual consideramos todos como un gabinete palaciego y de domesticidad." *Continuara.*

"Bien puede llamarse milagroso el desenlace de tal suceso; pues la jóven no recibió la menor lesión. El terrible animal había calculado tan perfectamente su dirección que los dos cuernos fueron á chocar contra el muro por ambos lados, teniendo como abrazada, pero resguardándola de todo daño con su estremada longitud. Retembló el muro con el golpe; mas la fuerza misma del empuje rechazó al toro, quedando un salto hácia atrás, cayó para no volver á levantarse, pues le acribillaron de heridas así que vino al suelo."

"Pero, á decir verdad, ignoro si el cabello de la jóven se puso blanco de resultas de su horroroso suso."

"A propósito de susto, contiúo, esto me recuerda un lance curioso, cuyo héroe me tocó ser."

La atención de los oyentes subió aquí de punto y sir Scott comenzó otra narración.

"Hace algunos años recorría yo las tierras altas, en compañía de un amigo que ya no existe. Era de aquellos hombres chapados á la antigua, almacén de conocimientos clásicos de larga lectura, y más aún de virtudes morales; pues he tenido la fortuna de adquirir amistades de personas que siempre me sirvieron de modelo. Ay! cuento ahora tantos desertores de este cuerpo, y desertores que con ellos á permanecer en esta tierra de desengaño y tribulación.

"Estábamos mi amigo y yo en medio de aquellas rocas quebradas que constituyen la parte más selvática de las tierras altas, donde hay un derrumbadero que ningún curioso deja atrás sin examinarlo detenidamente. Mas que derrumbadero puede llamarse un abismo espantoso, profundo y negro en medio de los peñascos. Diríase que en él ha hervido antiguamente un volcán; pero que en el curso de los siglos ha vomitado toda su lava, formando en derredor pozos fantásticos y dejando la hornilla enteramente vacía. Es como una boca horrible enteramente abierta, en cuyos labios puede afirmarse el pié del hombre mientras su vista penetra hasta el fondo.

"Los viajeros bajan allí por me-

dio de cuerdas, como en las minas de carbon, A la maroma principal, que se sujeta en la punta de una roca, va atada con cuatro cordeles una máquina parecida á una especie de artesa que cuelga de las cuatro puntas. El que baja se sienta ó queda de pié en aquel sitio entre los cuatro ramales que se unen encima de su cabeza.

"Un rusticote viejo de las tierras altas que dirigía esta maniobra, dispuso que mi amigo bajase el primero; pero mientras la máquina volvía á subir para mi uso, me asaltó cierto presentimiento, y no pude resistir al deseo de preguntarle si el viaje de mi amigo había terminado con felicidad.—Oh! seguramente, respondió el escocés en su jerga: dentro de un minuto os tocará á vos; y á fe que sois doble pesado que el.—¿Y es sólida la cuerda?—Nunca se ha roto; la última era más fuerte cuando se tronchó y dejó caer un hombre á lo más profundo.—¿Y murió de la caída?—Aunque hubiese tenido cien mil vidas no se hubiera salvado: hizose doscientos pedazos en aquella roca puntiaguda que se ve allá abajo dijo sosegadamente el Celta de corazón de pedernal.

"Esto aumentó mi terror: examiné la cuerda y la encontré gastada y vieja.—¿De cuanto acá está sirviendo? pregunté al impasible escocés.—Cinco años hace puntualmente: la otra, cuando se rompió, tenía un mes menos.

"Pero por qué no habeis puesto otra nueva antes de exponeros á una tentativa fatal? le repliqué con no escasa irritación.

"—Oh! respondió tranquilamente y como pura aumentar mi zozobra, mañana se pondrá la nueva y vos sereis probablemente el último individuo que baje colgado de esta.

"En tanto había subido la máquina y estaba aguardándome. Yo no quería desconcertar á mi amigo dejando de hacer lo que él había hecho ya, y me ruborizaba por otra parte el manifestar temor en presencia de aquel arrestado habitante de las tierras altas. Colguéme, pres en la máquina, cuando comencé á bajar me dijo, sin duda para animar:—Ayer bajamos á un hombre mucho más pesado que vos.—Ya era tarde para volver atrás, y por fin llegué al fondo sano y salvo.

"Brillaba un sol muy claro, que al través de mil accidentes de luz alumbraba hasta las últimas profundidades del cráter. El hueco de este podría contener ciento cincuen-

ta hombres: el suelo era de menuda arena que relumbraba con los despojos de cristalizaciones y de mica desprendidos de las paredes del abismo y de las rocas que se encorbaban sobre él y que resplandecen también á los rayos del sol con mil luminosos reflejos. Parecía un palacio encantado ó la entrada de una mansion de hadas. Pero confieso que semejantes palacio tenía para mí muy pocos atractivos; pues, además de las palabras poco consoladoras del escocés, mi compañero llenó la medida de mi terror haciendome la relacion siguiente tan conforme con el estado de mi espíritu.

—No hace mucho tiempo que al subir un jóven desde aqui se puso imprudentemente de pié en la máquina y en el momento en que tocaba el borde del abismo, quiso saltar á las rocas sin aguardar. Pero la máquina, que balauceaba todavía por la elasticidad de la cuerda retrocedió en un vaiven, y el infeliz cayó entre ella y el punto á donde se proponia desembarcar. — ¡Qué horror! exclamé yo. — Por esto, continuó mi amigo, es necesario que permanezcáis inmóvil en el asiento, hasta que se pose solidamente en el suelo. De este modo nada teneis que temer.

—Quedéme abajo pensando en el desgraciado jóven, que había caído allí para no levantarse jamás. Miré las puntas de las rocas con estremecimiento y cuando me llegó el turno de subir, mi cuerpo temblaba rechinaban mis dientes... en fin jermía bajo la influencia de un espanto irresistible.

—A la bajada había conservado la vista fija en el fondo del derrumbadero, y cuanto mas á él me acercaba mas valor sentia para la vuelta; pero al subir, cuanto mas miraba hácia arriba, mas cerca estaba el borde del precipicio y mas iba creciendo el peligro. Una vez tocó la cuerda á una roca que rompió uno de los cabos de la trenza. Podrá ahora, dije yo entre mí, resistir á mi peso hasta lo alto? Esta idea me cortó la palabra y la voz. Todo daba vueltas al derredor de mí, llegué á perder la vista y cuando me sacaron de aquella horrible máquina, viéndome subir en el asiento en un estado de completo estupor, me arrancó inmediatamente de allí y me tendió sobre la roca.

—Cuando recobré el sentido y las fuerzas me alejé á carrera del borde del precipicio, sin dejar de temblar en una situacion de horrible agonia. Pero no se me blaquearon

los cabellos inmediatamente aunque no dejé de temerlo; pues puedo asegurar que desde mi salida del fondo del palacio encantado y de la mansion de las hadas, hasta tocar la roca en que me tendieron sin conocimiento, permanecieron erizados sobre mi frente.

Así fué el insigne narrador contándonos una anecdota tras otra, y encantándonos con la májica de su educacion. El propietario del castillo donde Maria Estuardo había estado enferma, fue algun tiempo despues á pesar quince dias en Abbotford, y yo envidié su dicha, pues era sir Walter Scott un delicioso contador de cuentos.

VARIEDADES.

El general Mustafá Ben-Ismaín.

(Concluye)

En las correrias que hizo el general Bogeaud, Mustafá continuó el glorioso papel que había hecho hasta allí. En el combate de la Sikkak ocupó con sus duairs á toda la caballeria enemiga á la izquierda de la columna de direccion, mientras que el general maniobrando por la derecha ganaba en diez minutos la mas completa victoria de que hacen mencion los anales argelinos. El agá perdió un dedo en esta refriega.

En fin, Mustafá no ha descansado sino con el último soldado de nuestro ejército, y despues de disparar el último tiro en las montañas.

Este caudillo, justamente querido y reverenciado de cuantos han sido compañeros suyos, es un hombre cuya presencia causa un respeto involuntario: su mucha edad, sus miradas, y los recuerdos de su larga carrera hacen de él uno de los grandes hombres, de entre los árabes, que la Francia debe ver con placer en su suelo. Sin duda tiene derecho para reclamar de nosotros una hospitalidad generosa, aquel que con sus consejos, sus servicios, y el socorro de su brazo, ha conservado tantos franceses á sus familias.

El anciano que ha vivido cerca de 60 años peleando, y ha dormido casi toda su vida en una tienda

de campaña, se quedará muy admirado al ver la grandeza del pueblo con el cual se ha unido. Al volver á su patria, contará á sus amigos la magnificencia francesa, y su relacion hará mas efecto en las tribus árabes que todas las providencias económicas y decretos posibles.

Ha sido bien recibido por nosotros Ben Arach, que no era mas que un útil (cónsul), esclavo de Abd el-Kader. Sin duda lo será mucho mejor Mustafá Ben-Ismaín, el competidor del Sultancillo, y el grande aliado de la Francia.

(Periód. franc.)

S. Vicente de Paul.

1576.—1660.

S. Vicente de Paul nació en 1576 en la aldea de Pouy, situada en los confines de Landas de Burdeos, no lejos del Pirineo; sus padres, pobres labradores, se mantenian con su trabajo, pues todo su caudal consistia en un pedazo de tierra que cultivaban con sus propias manos. Eran apoyo de su vejez y participes de sus privaciones seis hijos, de los cuales el tercero, Vicente, llevaba á pacer el rebaño paterno. Cuando la providencia llamó al santo presbítero á las dignidades de la iglesia, gustaba este de recordar aquellos tiempos de paz é inocencia, se complacia en repetir que era hijo de un pobre labriego y que había comenzado la carrera de su vida guardando ovejas.

Entró Vicente, siendo muy jóven, en el convento de Franciscos de la ciudad de Acqs, bajo la proteccion de un deudo suyo; allí estudió con ardor, y entonces fue cuando su padre resolvió consagrarlo al estado eclesiástico. Fué, pues, ordenado en 23 de Setiembre de 1600. Esta época señala la primera prueba de Vicente de Paul. Hallábase en Marsella evacuando algunos negocios: un caballero, en cuya casa se había hospedado, le propuso que se volviese por mar al pueblo de su nacimiento. Consintió Vicente, y él mismo vá á contarnos con sencillo lenguaje los peligros y sufrimientos de un penoso cautiverio. — Me embarqué para Narbona con el objeto de llegar mas pronto y de ahorrar algun dinero que destinaba á los pobres. Soplabá el viento tan

«favorable, que en el mismo día debíamos llegar á buen puerto, si Dios no hubiese permitido que tres bergantines turcos nos asaltasen con extrema violencia, dando muerte á dos ó tres marineros de los nuestros, hiriendo casi á todos los demas, y obligándonos á rendirnos: nos cargaron de cadenas, nos curaron groseramente, y en seguida tomaron la detrota de Berbería, caverna y madriguera de ladrones.» Los cristianos cautivos fueron desembarcados en Túnez y expuestos en el mercado público. Registráronnos, continuó Vicente de Paul, del modo que se acostumbra en las compras de caballos y bueyes, haciendonos abrir la boca para ver los dientes, palpando nuestras costillas, sondeando nuestras llagas, y haciendonos andar al paso, al troté y á la carrera, luego levantar fardos, y por último luchar para calcular las fuerzas de cada uno.» Convirtió Vicente á un renegado de Niza que lo habia comprado, y ambos llegaron á Avignon despues de grandes peligros vencidos en los desiertos y en los mares.

A poco tiempo fue nombrado Vicente de Paul para el curato de Clichy, extramuros de Paris: sus feligreses eran pobres labriegos, y sus rentas algunos cortos derechos sobre los frutos. Aceptó sin vacilar, aunque cuentan las crónicas que acababa de rehusar la rica abadía de S. Leonardo de Chaume y el distinguido título de limosnero de la reina. Apenas habia comenzado Vicente de Paul á ejercer las modestas funciones de cura de Clichy, cuando los consejos, ó mas bien los mandatos, del padre Bérulle, que le habia designado para preceptor de la familia de Gondi, le arrancaron de su dulce oscuridad. Derramó lágrimas al separarse del humilde presbiterio donde pasara tan dichosos días: «Aparteme tristemente de mi iglesia, dice en una de sus cartas; mis ojos se arrasaban en llanto, y bendije sollozando á aquellas buenas gentes que venian á despedirme y á quienes tanto habia amado; tambien estaban allí mis pobres y me partian el corazón.» En la casa de Gondi concibió Vicente de Paul la idea de las Misiones religiosas, y no tardó en volver á su amada soledad para consagrarse enteramente al consuelo de la miseria y del dolor.

Su primer cuidado fue visitar las galeras del rey. Los pobres forzados estaban reunidos en Paris en inmundos calabozos: la poca sani-

dad de los alimentos y la humedad del aire devoraban los escasos restos de su existencia. San Vicente obtuvo á fuerza de importunidades algun alivio á tan triste suerte: hizo trasladar desde la Alcaidía, donde se hallaban casi amontonados, á un local particular que alquiló en el cuartel de San Honorato; y en Mayo de 1622 fue procesionalmente á la cabeza de los presos á conducirlos al sitio donde en adelante habian de habitar.

Casi en la misma época fundó el célebre colegio llamado *des Bons-Enfants*, consagrándolo á la educacion de los eclesiásticos que con el tiempo habian de socorrer á los pobres y confortar á los desgraciados.

No se detuvo aquí la ardiente caridad de Vicente de Paul: á la institucion del colegio siguió la de la Mision de los curas de San Lázaro y el establecimiento de las Hermanas de la caridad; piadosas asociaciones, cuyo nacimiento llamó la atencion general. En muchas ciudades donde no habia hospitales, quedaban los enfermos abandonados y perecian en el lecho del dolor. A la voz de San Vicente formáronse en las parroquias cofradías hospitalarias, en las cuales las débiles mugeres arrojaron hasta las enfermedades contagiosas, que no perdonan ni al celo caritativo mas ardiente. Una de las fundaciones mas gloriosas de San Vicente de Paul fue la del hospital de los Expositos. Por relacion del teniente del *Châtelet* consta que cada año se esponian en una casa de la calle de San Landry tres ó cuatrocientos niños; allí una viuda con dos criadas se encargaban de alimentarlos, mediante una retribucion; pero como eran insuficientes para tanto número de criaturas, la mayor parte de estas perecian de hambre. Tal desorden no podia ocultarse á la activa beneficencia de S. Vicente de Paul, que, auxiliado por algunas señoras virtuosas, abrió una casa, en la cual no pudo al principio recibir mas que mil y doscientos niños; mas á medida que iban aumentándose los medios, crecia tambien el número de las criaturas recogidas.

A pesar de tan piadosas y considerables atenciones, no descuidó tampoco S. Vicente el confesionario de los reyes. En el reinado de Luis XIII no habia tenido con la corte otra comunicacion que la indispensable para desempeñar su santo ministerio de defensor de los pobres. Cuenta un historiador que hallándose el rey en la agonía le

mandó venir á S. German para recibir de él buenos consejos y comunicarle algunos piadosos designios. Pero en tiempo de la regencia de Ana de Austria empezó á tener parte en la direccion de los asuntos del estado. La reina madre estimó conveniente crear un consejo para los negocios eclesiásticos, compuesto del cardenal Mazarino, del canceller Charton y de Vicente de Paul, que no aceptó sin extrema repugnancia semejante intervencion en los negocios públicos, y al fin resolvió admitir solo por la idea del bien que podia hacer con su destino. En efecto, la principal ocupacion de este consejo era la eleccion de prelados y obispos dignos de administrar los beneficios eclesiásticos, eleccion que entraba esencialmente en la idea y en la experiencia de S. Vicente de Paul. En el discurso de mas de diez años todos los negocios pesaron sobre él; él recibia las solicitudes que se dirigian al rey; él informaba á la reina de la capacidad de cada uno de los pretendientes; y él, en fin, llevaba la palabra en el consejo para sostener ó hacer desechar las pretensiones. Nada descuidó para establecer el debido decoro en las costumbres del clero, y para confiar las dignidades eclesiásticas á los que mas lo merecian. Su destino le proporcionaba tambien no pocos medios de sostener las santas casas que habia fundado. Los monumentos contemporáneos nos dicen que nunca asistió al consejo sin pedir algo para sus huerfanitos y sus pobres enfermos.

Se Continuará.

Queriendo Mahoma afirmar por un golpe decisivo su poderío legislativo y religioso, ofrece á uno de sus secuaces bienes inmensos, y le promete que dividirá con él el mando supremo, si consiente en bajar á una profunda cisterna y en gritar desde allí al pueblo: No hay mas Dios que Dios, y Mahoma en su profeta.

Acepta el otro. La impostura deslumbra á la turba fanática: postrase esta á los pies de Mahoma, quien esclama: La voz de Dios ha hablado: cerremos para siempre el santuario de sus palabras.

A los pocos momentos ya estaba la cisterna llena de piedras hasta la boca.

Editor responsable P. M. RAMIREZ
Imprenta de EL ATLANTE.